# CAPÍTULO Nº 1

*Brookline, 1968*
*Tres semanas antes*

Lo llevaron en silencio a la pequeña habitación. Ricky ya había pasado antes por eso, solo que la última vez había sido en Victorwood, en los Hamptons, y había ido por voluntad propia. Este era su tercer "retiro". Comenzaba a volverse molesto.

Bajó la cabeza y miró fijamente el suelo para brindar la actuación de su vida. ¿Estaba arrepentido? Ni siquiera un poco, pero quería salir de ese lugar. El Hospital Brookline. Podía ser un loquero, pero sonaba tan pretencioso y estúpido como los centros de retiro. No quería saber nada de esto.

–Necesito ver a mis padres –dijo. Hablar hizo que le sujetaran los brazos con más fuerza. Uno de los auxiliares sacó un bozal para que Ricky lo viera y su sorpresa no fue fingida–. Oigan, oigan, eso no es necesario. Solo quiero hablar con mi mamá. Tienen que entender, ha habido algún tipo de error. Si solo pudiera hablar con ella…

–Claro, chico. Seguro. Un error –el auxiliar soltó una risita. Era más alto y más fuerte que Ricky y resistirse era inútil–. No queremos lastimarte, Rick. Estamos tratando de ayudarte.

–Pero mi madre…

–Ya hemos oído eso antes. Miles de veces.

El auxiliar tenía una voz agradable. Suave. Amable. Siempre era así: voces dulces que decían cosas dulces pero ocultaban intenciones oscuras y malvadas. Esas voces querían cambiarlo. A veces, sentía la tentación de permitirles que lo hicieran.

–Necesito ver a mis padres –repitió con calma. Era difícil no sonar aterrado cuando lo estaban arrastrando a una celda en un lugar que no conocía. Una celda en un *manicomio*–. Por favor, solo déjenme hablar con ellos. Sé que suena ridículo, pero realmente creo que puedo hacerlos entender.

–Eso se acabó –dijo el auxiliar–. Ahora nosotros vamos a cuidar de ti. Tus padres vendrán a buscarte cuando te sientas mejor.

–El director Crawford es el mejor –añadió el otro hombre. Su voz era igual de cálida pero sus ojos eran fríos y miraban a Ricky sin verlo. Como si no estuviera ahí, o como si fuera una partícula de suciedad.

–Realmente es el mejor –repitió el auxiliar más alto de forma mecánica.

Al oír eso, Ricky comenzó a forcejear. Ya había escuchado eso antes acerca de otros médicos, otros "especialistas". Era un código. Todo era un código; todo lo que decían esas personas en los "centros de retiro" y en los hospitales. Nunca decían lo que realmente pensaban, que era que Ricky no saldría de allí, no sería libre, hasta que se convirtiera en una persona completamente diferente. El auxiliar más alto y fuerte, que estaba a su derecha, maldijo en voz baja mientras se esforzaba por sujetar el brazo de Ricky y buscar algo que él no alcanzaba ver.

La habitación estaba fría, helada por la lluvia de primavera que caía afuera, y las luces eran demasiado brillantes, pálidas y descoloridas, como el resto del cuarto. Nunca se había sentido tan lejos del exterior. Quizás solo había poco más de un metro entre él y la pared y después algunos centímetros de ladrillo, pero era como si el aire libre estuviera detrás de un kilómetro y medio de hormigón.

–La elección es tuya –dijo el auxiliar y resopló–. Tú eliges cómo te tratamos, Rick.

Él sabía que eso no era verdad, así que forcejeó con más fuerza, lanzándose de un lado al otro mientras intentaba golpear a uno de los auxiliares con la frente y soltarse. Sus voces se volvieron distantes casi en el mismo momento en que la aguja le pinchó el brazo. Le dolió más que otras veces cuando le penetró la vena.

–Solo quiero verlos –decía Ricky mientras se desplomaba lentamente sobre el linóleo–. Puedo hacerlos entender.

–Claro que sí. Pero ahora deberías descansar. Tus padres volverán a visitarte antes de que te des cuenta.

Palabras de consuelo. Tonterías. Los detalles de la habitación se volvieron borrosos. La cama, la ventana y el escritorio se transformaron en masas amorfas iguales, todas de color gris blancuzco. Se abandonó completamente a la oscuridad. La sensación de entumecimiento que lo invadía era casi un alivio para el nudo de miedo y traición que le retorcía las tripas.

Mamá y Butch ya debían estar en la carretera de regreso a Boston. Ya se habían ido, se habían ido. Siempre había logrado liberarse de esas situaciones gracias a su labia, y sabía que podría hacerlo otra vez si tan solo tuviese un minuto a solas con su madre.

"Estará bien aquí, ¿no es así?", había preguntado ella. El Cadillac subía tranquilamente por la colina hacia el hospital mientras la lluvia golpeaba las ventanillas de forma incesante y rítmica, como los diminutos tambores de unos soldaditos de juguete. "No se parece en nada a Victorwood… Quizás esto sea demasiado extremo".

"¿Cuántas veces más, Kathy? Es un fenómeno. Es violento. Es un maldito…".

"No lo digas".

En ese momento le había parecido que se trataba de un sueño, pero ahora todavía más. Al principio había estado seguro de que solo lo estaban llevando de vuelta a Victorwood, un hogar

para muchachos rebeldes como él. Los que trabajaban allí eran unos imbéciles, fáciles de manipular y ni bien se había cansado del lugar solo habían hecho falta unas cuantas llamadas llorosas para lograr que su madre apareciera corriendo por el impecable camino de entrada con los ojos llenos de lágrimas para tomarlo entre sus brazos. Pero esta vez no lo estaban llevando a Victorwood. En alguna parte habían girado y cambiado de rumbo. Eso de "La próxima vez habrá consecuencias reales" que a Butch tanto le gustaba decir finalmente se había hecho realidad.

Maldición. No debería haber permitido que lo atraparan con Martin de esa forma. Butch finalmente había cumplido sus amenazas. El largo viaje en auto hasta el hospital, hasta Brookline, tan enfadados, había sido castigo suficiente. Durante todo el trayecto Ricky pensó que en realidad no iban a hacerlo. No iban a internarlo de verdad.

Y ahora aquí estaba, perdiendo la consciencia, lejos de casa, mientras dos extraños lo arrojaban sobre un delgado colchón. Y sus últimos pensamientos lúcidos fueron: *Lo hicieron. Esta vez realmente lo hicieron. Me encerraron y no van a volver.*